



¡Qué grande es nuestro destino!

01/04/2010

Evangelio: Jn 13,1-15

Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado la hora de pasar de este mundo al Padre habiendo amado a los suyos, que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo.

En el transcurso de la cena, cuando ya el diablo había puesto en el corazón de Judas Iscariote, hijo de Simón, la idea de entregarlo, Jesús, consciente de que el Padre había puesto en sus manos todas las cosas y sabiendo que había salido de Dios y a Dios volvía, se levantó de la mesa, se quitó el manto y tomando una toalla, se la ciñó; luego echó agua en una jofaina y se puso a lavarles los pies a los discípulos y a secárselos con la toalla que se había ceñido. Cuando llegó a Simón Pedro, éste le dijo: "Señor, ¿me vas a lavar Tú a mí los pies?". Jesús le replicó: "Lo que estoy haciendo tú no lo entiendes ahora, pero lo comprenderás más tarde". Pedro le dijo: "Tú no me lavarás los pies jamás". Jesús le contestó: "Si no te lavo, no tendrás parte conmigo". Entonces le dijo Simón Pedro: "En ese caso, Señor, no sólo los pies, sino también las manos y la cabeza". Jesús le dijo: "El que se ha bañado no necesita lavarse más que los pies, porque todo él está limpio. Y ustedes están limpios, aunque no todos". Como sabía quién lo iba a entregar, por eso dijo: "No todos están limpios". Cuando acabó de lavarles los pies, se puso otra vez el manto, volvió a la mesa y les dijo: "¿Comprenden lo que acabo de hacer con ustedes? Ustedes me llaman Maestro y Señor, y dicen bien, porque lo soy. Pues si Yo, que soy el Maestro y el Señor, les he lavado los pies, también ustedes deben lavarse los pies los unos a los otros. Les he dado ejemplo, para que lo que Yo he hecho con ustedes, también ustedes lo hagan".

Oración introductoria:

Señor, en este día santo en el que Tú te entregas por nosotros de modo completo y total, quiero poner en tus manos todo lo que soy, todas mis aspiraciones y sentimientos, deseos y temores, esperanzas y anhelos, sin reserva alguna.

Petición:

Jesús, dame la gracia de pertenecer al grupo de los que son felices amándote y sirviéndote con todas sus fuerzas.

Meditación:

Las palabras del Evangelio tienen un significado profundo e inagotable; nos dicen que Jesús nos ama "hasta el fin", al punto tal de hacerse hombre y arrodillarse delante de nosotros para lavarnos y poder admitirnos en su Reino. Dios nos hace ver qué grande es nuestro destino; es verdad que somos pequeños, pero hemos sido creados para un amor eterno. Con la Eucaristía, Cristo nos nutre y nos sostiene en nuestro caminar hacia el cielo. Este sacramento es el alimento indispensable para hacer crecer en nosotros el amor a Dios y a los demás. Jesucristo nos ha dado

ejemplo para que nosotros hagamos lo mismo que Él. Aprendamos este día a vivir la humildad, la bondad y el servicio a ejemplo de Cristo. La Eucaristía es una llamada a la santidad y a la entrega de sí a los demás. Nuestra vocación como bautizados se resume en ser, como Jesús, pan para los demás. Tengamos la fe y la generosidad para “arrodillarnos” ante los demás como Jesús en el servicio, sólo así podremos ser verdaderos seguidores de Cristo.

Reflexión apostólica:

Toda la fuerza apostólica del cristiano nace del sacramento de la Eucaristía. Del pan consagrado es de donde recibimos la gracia y la fuerza para la vida diaria y para nuestra misión en el mundo.

Propósito:

Hacer una adoración ante el Santísimo Sacramento y suplicar la gracia de crecer en el amor para siempre estar disponible, ayudando alegremente a los demás.

Diálogo con Cristo:

Jesús, ¡cuánto amor nos mostraste al quedarte con nosotros en la Eucaristía! Oh Jesús, ¿qué sería de nosotros sin tu presencia real, sin tu amistad cercana, sin tu apoyo constante? ¿A dónde iríamos en los momentos de cruz y de soledad si no estuvieras en el pan consagrado? Bendito seas por tanto amor y misericordia.

«Si ustedes desean enamorarse de Cristo, acudan frecuentemente, sin prisas y con mucho amor, a la Eucaristía» ([Cristo al centro](#), n. 314).